

Experimentar a los seres elementales

URSULA BURKHARD

Hoy muchas personas sienten la necesidad de interesarse por la acción de los seres invisibles. Para convencerse basta ver la "moda" actual de relatos sobre ángeles. Comenzamos a sentir que más allá del mundo de los objetos físicos existe también un mundo de otras muy numerosas influencias e interacciones entre seres y objetos, que desde hace largo tiempo no se ha tenido en cuenta.

Hablar de seres elementales provoca dos reacciones opuestas: unas negándose categóricamente a escuchar las influencias que no pasan por el esquema de pensamiento científico habitual, y otras aspirando precisamente a vincularse por el sentimiento a un mundo invisible que se espera ver aparecer en el mundo accesible a la conciencia habitual.

A Ursula Burkhard, de Basilea, ciega de nacimiento, se la conoce por su pequeño libro Karlik¹, en el que expone su experiencia de los seres elementales con el simple estilo de un cuento. Es pedagoga y autora de cuentos y libros destinados a invidentes, y colabora habitualmente desde hace algunos años en el pequeño diario balés Nouvelle pensée. Aquí reproducimos un extracto de la edición del otoño pasado, en la cual muestra cómo mediante una ampliación de la conciencia hacia percepciones más sutiles, nos podemos acercar a este mundo de los seres elementales.

Cómo pasar de la tradición y de la teoría a la experiencia personal

Saber con la cabeza pero no creer... Para muchas personas existe una realidad teórica esencial en los elementos, y quizá también en los seres elementales particulares. Pero percibirlos o vivir amigablemente en su compañía... ¡eso es ir demasiado lejos!

Y sin embargo estos seres están presentes en nuestro trabajo, y los antropósofos no dejan de hablar de ellos, tienen en cuenta su actividad. Los granjeros y los hortelanos esperan recibir su ayuda. Las amas de casa y los maestros de escuela tienen que ver con ellos, conscientemente o no. Desempeñan una importante función en todas las profesiones de la salud. ¿Pero cómo debe representárselos la persona adulta, superando el saber puramente intelectual, pero sin hundirse en la superstición o en las quimeras materialistas de criaturas que parecen duendecillos de jardín?

Atender a las sensaciones que no están vinculadas al cuerpo

Los seres elementales son espíritus, y por tanto no se encarnan. Sin embargo actúan "invisiblemente" en lo visible, animan real y esencialmente la tierra, el agua,

¹ El texto de Karlik fue publicado junto a la Hoja informativa nº 8.

Hay disponibles en francés dos pequeños libros de la autora: La petite friche; y Le grand oeil. De 50 a 70 pág. 50 FF cada uno. Éditions Iona, 03160 Franchesse France.

el aire y el fuego. Actúan entre el mundo visible y el mundo invisible. Por ello los cuentistas irlandeses hacen habitar a estos espíritus en el umbral de la casa, ahí donde hay un tránsito entre la morada humana y la Naturaleza exterior. Así vinculan dos ámbitos diferentes. El cuento habla de estos seres recurriendo a imágenes auténticas, porque al igual que muchas otras cosas, no se dejan expresar de otro modo. Lo que no se puede expresar en nuestro lenguaje, se señala mediante alegorías. Quien tiene experiencias prácticas con los seres elementales o se identifica con el sentimiento en la narración del cuento, es capaz de entender estas imágenes por lo que ellas quieren decir. Pero muchos de nuestros contemporáneos comprenden mal estas imágenes. Quien considera las alegorías del cuento simplemente como realidades exteriores, esperará percepciones que se parecen a las que tiene en el mundo puramente terrestre. Por tanto debe abrirse a percepciones nuevas y desconocidas para aproximarse a estos seres.

Los encuentros con los seres elementales comienzan a menudo con sensaciones y presentimientos tenues. Una experiencia vivida y conocida por todos, puede aclarar esto: una persona en la calle observa o espera algo; repentinamente siente que la tocan, pero no físicamente; alguien está detrás suyo y la mira, siente esa mirada dirigida sobre su espalda; se vuelve y mira tras sí; alguien está realmente ahí y le mira; la sensación se confirma, no era simplemente una ilusión.

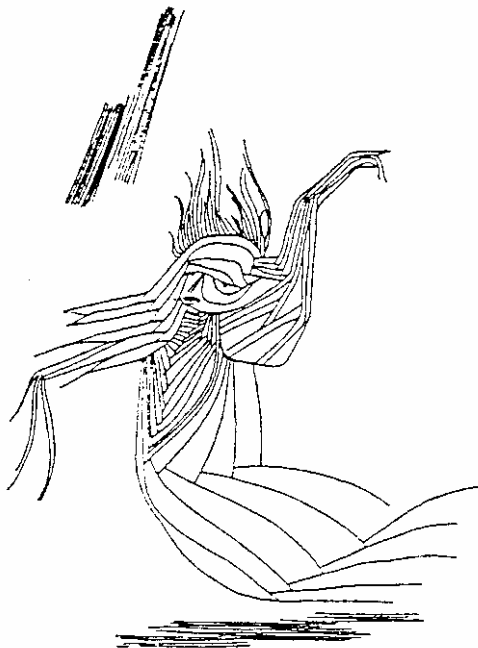
Experiencias comparables, vividas por seres humanos muy sensibles y cuyo sentimiento se abre a ellas, no son tan fáciles de demostrar. También se parecen a un toque que no tiene nada de corporal, a algo que actúa como si ellos fueran objeto de una percepción. Su interior es tocado por las miradas procedentes de las piedras, de las plantas, de la tierra y del agua. Ellos sienten así la realidad esencial que se manifiesta en la Naturaleza. Adivinan y presienten una actividad invisible que reina en el mundo visible. Cuando estos contactos interiorizados no se ignoran o no se los rechaza, se condensan, se densifican en las imágenes de los espíritus de la Naturaleza, como las que enfrentamos en los cuentos, en nuestros sueños, y poco a poco también en la experiencia despierta y consciente. Los sueños despiertos se vuelven diarios y se convierten en conocimiento. El ser humano aprende a diferenciar entre lo que es simplemente una imagen y el lugar donde un ser se manifiesta con toda su realidad. La aparición en imagen de estos seres y su esencia auténtica están impregnadas por las propiedades características de los elementos, en el seno de los cuales estos seres manifiestan su acción. Por esta razón también podemos acercarnos a ellos sumergiéndonos en las propiedades de cada uno de los elementos y tanteando con delicadeza a la búsqueda del encuentro de la realidad esencial que en ellos vive. (...)

Los gnomos, los espíritus de la tierra

Los gnomos actúan como creadores invisibles de todas las fuerzas que se endurecen. Producen el elemento sólido, como el de la roca dura. Por tanto su elemento es la tierra.

Las propiedades de la tierra nos indican la naturaleza de los espíritus de la tierra. ¿Qué particularidades de la tierra se nos aparecen espontáneamente? Ella es compacta, dura, pesada; ella transporta, sostiene y forma la base, el suelo sobre el cual nos levantamos. Es persistente, protectora, oscura. Guarda riquezas en sus profundidades: metales, piedras preciosas, petróleo, carbón. Es la patria de las raíces y lleva el ciclo vital de la planta. Por su consistencia, sólo se deja trabajar y transformar lentamente. Una gran sabiduría vive en ella, como un tesoro invisible que se puede descubrir en todas las criaturas y en las leyes de la Naturaleza. Vinculándose a ella, el ser humano adquiere la sabiduría. Los mismos gnomos son la sabiduría; una sabiduría que ellos ejercen en el seno de la tierra por medio de fuerzas que son sus propias substancias. El nombre de “gnomo” proviene de la misma raíz lingüística que “gnosis” (conocimiento).

En las representaciones en imágenes de las figuras de gnomos, se hallan muchas similitudes con la lechuza, el ave de la sabiduría. Como dadores de consejos, recompensan los esfuerzos sinceros del ser humano dándole súbitamente buenas ideas, y por tanto ayudan a la resolución de tareas difíciles. Por el contrario, castigan a las personas necias y presuntuosas, satisfaciendo sus deseos absurdos y pareciendo tomarse en serio y seguir sus declaraciones desconsideradas.



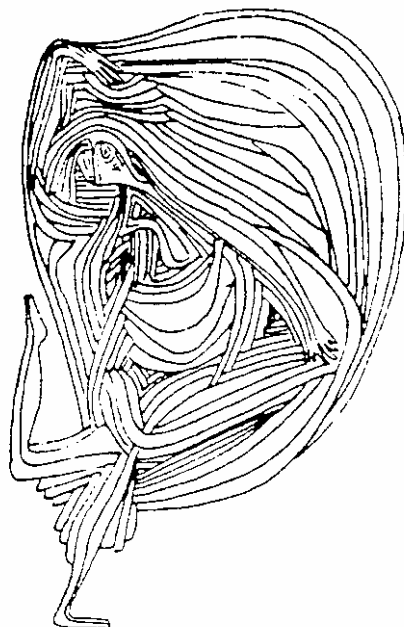
Paul Klee, Espiritu de la tempestad, 1925

Las leyendas y los cuentos relatan tales cosas. La dureza de su elemento vuelve a los gnomos despiadados, y su suficiencia espiritual les puede conducir a mostrar un humor burlón y sequedad de corazón. La dureza del elemento rocoso no les da ninguna resistencia física: en su elemento terrestre flotan y marchan como flechas. Se instalan cómodamente en la seguridad que les ofrece el interior de la Tierra. Gustosamente se hacen amigos de los seres humanos y desean ardientemente el tierno afecto que mostremos hacia ellos

(por ejemplo en los cuentos esto se produce a menudo en la ayuda que reciben los cuidados de la casa). El ser humano de múltiples dones debe liberar a los gnomos de su carácter unilateral: su tendencia a endurecer el elemento sólido hasta el extremo, el riesgo de volverse ávido y avaro en su disfrute de las riquezas o dejarse llevar a malas acciones por su suficiencia espiritual. Los seres elementales no tienen ninguna conciencia moral por sí mismos. Son instruidos por el comportamiento moral del ser humano, un comportamiento que origina y dirige sus actos.

El agua, ropaje de las ondinas

El agua durmiente de un lago o de un estanque se dispone horizontal y forma una superficie aislante y limitante como una piel, una piel impresionable y sensible en extremo, pues el agua se deja remover, rizar, ondular fácilmente. En el agua aparecen los contrastes: separa los países y los une por medio de los barcos que lleva sobre sí. Permite y destruye la vida. Es fluida y sin embargo modela la piedra dura. En su fluir, en su paso por diversos estados físicos, su evaporación, sentimos una especie de aspiración a otra existencia -como arroyo, río, mar, nube. Cuando murmura, gorgotea, chapotea, brama, rompe, se revela y se expresa en los tonos más diversos, nos hace pensar en la naturaleza del alma que quiere manifestarse. El agua purifica y refleja y por tanto se vuelve una alegoría de la purificación y del conocimiento del yo; sus profundidades esconden maravillas y peligros.



Paul Klee, Danza del agua, 1923 (?)

Representar a los seres elementales, seres invisibles, es particularmente difícil. Las ilustraciones más convincentes las han realizado artistas como Paul Klee, que han tratado de adentrarse en lo que él llama el "mundo del entre-dos" o "reino del entre-dos".

Paul Klee formula así su concepción del arte: *"El arte no reproduce lo visible, sino que lo vuelve visible"*.

Maravillosos pero a la vez peligrosos, son los espíritus del agua. Las ondinas son capaces de un gran amor, sin embargo su amor es posesivo. En efecto, a quienes convidan les atraen a las profundidades de su elemento. Por tanto quien pueda encontrarlas de modo tal que llegue a apaciguar sus ondulaciones sensibles, recibe sus regalos: riquezas visibles en forma de perlas y peces particulares, y dones invisibles como la purificación, el conocimiento de sí mismo y la facultad de discernimiento de la realidad, por analogía con su simple reflejo. Las ideas individualizadas, y las petrificadas, emanan de los gnomos, ondinas las combinan vertiéndolas en la coherencia del pensamiento. En la misma forma de expresión del elemento agua, la aspiración ardiente a liberarse metamorfoseándose en otra esencia, más elevada, habita y anima a los espíritus que se activan en el seno de este elemento. Quieren transformarse y sus deseos resuenan en lamentos y músicas ondulantes. Tal liberación se les concede cuando se alían con el ser humano o cuando reciben la influencia compasiva de los espíritus del aire.

La acción de las sílfides en el aire

El aire no sujeta nada, ni ser vivo ni riquezas. No hace otra cosa que moverse. Está presente en todo y todos le respiran. Nadie puede retirarlo o aislarse de él. El Génesis cuenta cómo el ser humano inspiró el soplo divino y se volvió un alma viva; el ser humano pudo dar forma al aire, su aliento se volvió palabra. Puede comunicar lo que le sucede, lo que piensa, siente y ve; así nacen las relaciones humanas. El aire reúne a los seres que respiran. Por efecto del aire, el agua se transforma en nube que el aire transporta, pero que no sabe detener. Lleva también a los pájaros, a las mariposas, al polen de las flores. Y permite nacer a las llamas. El aire es invisible, su acción sólo se ve en el movimiento de los seres y de las cosas. Nunca el aire sería capaz de dejar algo hundirse y perecer en su elemento como lo hace el agua. Su ligereza contrasta con la pesantez terrestre.

Como las ondinas, las sílfides son también espíritus del amor, pero su amor es desinteresado: no lleva la huella de la posesión. Ariel es un espíritu del amor de esta clase, tal como está representado en la tempestad de Shakespeare y el Fausto de Goethe. Andersen habla de la pequeña sirena, a la cual el amor, primero impregnado de deseo, se transforma en disposición al sacrificio y devoción, lo que le permite elevarse junto a las hijas del aire. Las sílfides quieren también vincularse a los seres humanos. En el cuento, ellas lo hacen en forma de la joven convertida en cisne. Son grandes sus exigencias respecto a los seres humanos que quieren unirse a ellas por amor. Ellas les rehuyen, pues no quieren poseer ni ser objeto de posesión. El ser humano se halla ante la tarea de limitarlas, de buscarlas. El camino que conduce a ellas es difícil. Pero precisamente en esta dificultad el ser humano se engrandece y lucha por descubrir su propio ser. Sólo a partir de ese momento el ser humano está maduro para responder al amor desinteresado de la joven en forma de cisne. Las ondinas ofrecen la purificación y el conocimiento del yo; las sílfides exhortan al descubrimiento del yo y al nacimiento del yo.

Las salamandras, los seres elementales superiores del fuego

El cuarto elemento lo hallamos de forma natural en el calor del mundo que nos rodea y de nuestro interior. En todas las formas de calor viven las salamandras. Claro está que como fuego, el cuarto elemento no forma parte del Génesis, pero es un don divino suplementario. Prometeo lo trajo a la Tierra contra la voluntad del Padre de los dioses. Los animales salvajes huyen del fuego, presienten aún algo particular, algo sobrenatural; como en el rayo que cae del cielo y que es sublime y pavoroso, o como en el fuego alumbrado por el ser humano.

Los seres humanos también han experimentado en otro tiempo el fuego como un regalo de los dioses. Moisés reconoce a su Dios en el arbusto ardiente, incendiado, que no se consume. Con las pruebas de fuego se sondeaba la voluntad de los dioses. En los holocaustos se ofrecían acciones de gracias y expiaciones y se ganaba los favores de las potencias superiores.

El fuego, como don divino, ofrece o impone la libertad a los seres humanos. Ellos ya no dependen de la luz diurna, pueden iluminar su morada durante la noche y calentarse en invierno. Las culturas se construyen con la fuerza del fuego, pero el ser humano también puede planificar y realizar su propia destrucción. Las ilusiones humanas desaparecen entre las llamas. El fuego, como don de los dioses, confiere la fuerza. Los portadores de esta fuerza existen en los cuentos: son los forjadores, los carboneros, los enanos y los brujos. La fuerza no es buena ni mala, puede emplearse de las dos maneras. Los maestros del fuego claramente opuestos a los dioses son los diablos y los dragones que arrojan fuego.

Las salamandras, los espíritus del fuego, son seres elementales que se hallan en un nivel elevado. Por esta razón los cuentos evocan más su elemento que los propios espíritus del fuego. Mientras los gnomos ofrecen la sabiduría terrestre, las ondinas estimulan la purificación y el conocimiento de sí, las sílfides conceden a los seres humanos el esfuerzo en el amor desinteresado, se podría decir de las salamandras que llaman al reconocimiento de las voluntades divinas por la destrucción por el fuego de las ilusiones humanas. Ellas llaman a poner en práctica la libertad y la fuerza, que son puestas a disposición del ser humano como dones divinos, de modo que la voluntad de Dios se haga sobre la Tierra.

Los seres elementales en nuestra vida cotidiana

Cuando permanecemos en un paisaje bello, pero también cuando vamos cada día a la ciudad para trabajar, entramos sin cesar en contacto con los elementos sólido, líquido, aéreo y calórico. Esto nos puede invitar a meditar sobre las propiedades particulares de estos elementos. Este pensamiento, que se identifica con los elementos, constituye una especie de puente arrojado hacia estos seres que se manifiestan y se expresan en los elementos. A muchos seres humanos les gustaría contribuir de algún modo en la liberación

de los seres elementales, pero no saben cómo hacerlo.

Estos seres participan activamente en nuestra vida real. Por eso no les alcanzamos con las celebraciones razonadas artificialmente y ejecutadas solemnemente. Ellos quieren estar implicados en todo lo que emprendemos: en nuestro trabajo, en nuestras diversiones, en nuestras investigaciones, nuestras meditaciones y nuestras oraciones. La relación que mantengamos con ellos no debe ser un estado extraordinario, sino un hábito vital. Pero no debe surgir una mezcla malsana de percepciones espirituales y de percepciones sensibles.

Cuando mediante la percepción consciente y la actividad pensante profundizamos en lo que se nos desvela, esto nos conduce a una convivencia auténtica con los espíritus de la Naturaleza. Enseguida nos damos cuenta de cómo actúa el espíritu en la materia. Yo experimento esto sobre todo cuando cocino, lavo, limpio o cuido mis plantas. Entonces se puede abrir paso una disposición anímica que vuelve mi acción más agradable y más fácil. De una disposición anímica como esta surgió en otro tiempo la idea de que los gnomos realizan nuestro trabajo. Ellos no lo hacen para nosotros, lo hacen con nosotros, cuando con nuestro comportamiento les dejamos actuar imperceptiblemente en nuestras actividades. Las plantas que cuidamos lo sienten. "Tienes la mano verde", me dicen. Los niños a quienes les contamos una historia también lo sienten, y luego cobra vida en ellos el sentimiento de que es verdad y es justo, y los adultos creen lo que dicen.

De este modo los seres elementales nos aportan mucho bien y nosotros podemos liberarlos de su cautividad en los aspectos unilaterales de su vida. Todo trabajo que realizamos con amor sobre la Tierra, todo trabajo que realizamos sobre nosotros mismos, para volvernos seres humanos equilibrados, es un presente ofrecido a los seres elementales. Un ser humano que aprende a unir y equilibrar en sí los puntos de vista exclusivos y las contradicciones, ayuda a los seres elementales y recibe también su ayuda. En este cuento, tal ser humano se vuelve rey.

Juan el Fuerte y los cuatro elementos

El cuento de Grimm "*Juan el Fuerte*" muestra el efecto de los elementos y de sus seres elementales sobre el camino de un ser humano que se vuelve rey.

A Juan, aún muchachito, se lo llevan en compañía de su madre unos bandoleros que los encierran en su caverna. Los bandoleros amasan riquezas que roban por la fuerza a los demás; comen mucho y se embriagan fácilmente, y sólo conocen la fuerza. Son materialistas empedernidos. Han raptado a la mujer para que les cuide la casa y se dedique a servir a esos "machos".

Juan crece en la oscuridad de la caverna, no aprende nada de la belleza de la Naturaleza y está expuesto a esas influencias unilaterales. Su madre actúa

opuesta a ellos, contándole historias que siembran en su alma una semilla de humanidad. Juan crece y se vuelve grande y fuerte en el interior de la tierra, y acaba por liberarse, con su madre, del poder de los ladrones. Ellos vuelven juntos a la casa de su padre.

Las fuerzas unilaterales desarrolladas por Juan el Fuerte son primero devastadoras en el armonioso entorno de sus padres. Él derrumba la casita de su padre, pero a continuación ayuda a construir una nueva, y cultiva los campos de sus padres y cuida su ganado.

Entonces parte al vasto mundo con un bastón para caminar que pesa cien libras. Sus trabajos le llevan a las tinieblas de un gran bosque donde hace amistad con dos compañeros de los bosques: con "Tuerceabetos", que para hacer cuerdas tuerce los mayores abetos como ramitas de mimbre, y con "Rompepiedras", que rompe sin descanso las rocas a golpe de puño. Los tres compañeros se instalan en un castillo solitario. Uno de los tres debe quedarse en el interior para cocinar mientras que los otros dos salen a cazar por el bosque.

Cocinando, es decir al tener un contacto con el elemento fuego, estos tres seres, ligados de modo exclusivo a la tierra, experimentan la desaparición de sus ilusiones. Aprenden que no se puede obtener todo por la fuerza. Al ocuparse cada uno de la cocina, recibe la visita de un enano "completamente encogido", que le exige un trozo de carne. Tuerceabetos y Rompepiedras no quieren darle nada y le persiguen. Pero él, que es un espíritu de la tierra mucho más fuerte, aunque de estatura más pequeña, les administra una paliza a cada uno de estos fanfarrones orgullosos de su fuerza, lo cual es nuevo para ellos. Juan siente compasión por el enano y le da un trozo de carne, pero le ha de parar los pies porque no deja de volver a pedir.

Le da pero no se somete. Su comportamiento humano pone un límite al poder de los enanos de la tierra, y Juan no puede ser molido a golpes. Pero también debe reconocer que no puede esperar todo por medio de la mera fuerza. Sólo con la ayuda de sus compañeros alcanza la morada del enano subterráneo. Ha de dejarse descender en un cesto por el pozo donde habita el enano. Al llegar al fondo, encuentra una puerta, que abre, y descubre una princesa maravillosa que está prisionera y guardada por el enano. Él tumba la puerta y supera así una fuerza terrestre que actúa de modo exclusivo y sirve al mal por su parcialidad. De este modo libera a la princesa, de la cual enseguida caen las cadenas. Luego los dos compañeros que se habían quedado en la superficie izan a la princesa para sacarla de su prisión, pero abandonan a Juan en el pozo.

De nuevo su fuerza no le ayuda. Entonces descubre un anillo mágico que brilla en un dedo del despojo del enano, la fuerza terrestre unilateral vencida. Este anillo le convierte en señor de los espíritus del aire. Ellos le remontan de su agujero y le transportan a la orilla del mar. Juan ve a lo lejos, sobre el mar, una barca donde están sus dos pérfidos compañeros que se han llevado a la princesa. Quiere perseguirles nadando, pero el agua no puede llevarle en sus olas, pues su pesado bastón le arrastra al fondo.

Girando su anillo, los espíritus del aire le salvan por los pelos y le transportan a la barca de los fugitivos. Él vence a sus dos compañeros traidores. El agua que antes les separaba de su amada y que quería hacerle perecer, le transporta ahora al reino de la hija del rey. Se casa con ella y se vuelve rey a su vez.

Juan alcanza ese fin elevado porque experimenta las oposiciones y las contradicciones en el seno de los elementos, y los ha unido en sí, liberándose así de su estrechez personal. Por su acción, libera también a la hija del rey, que se puede considerar como la imagen de su propia alma, según el significado del cuento. Ahora ya no puede más que comportarse humanamente sin cesar, se ha vuelto “totalmente humano”. Por tanto en el lenguaje del cuento es un rey.

Así sigue la frase a menudo mal comprendida, citada por el Génesis: “Que la Tierra os sea sometida”. Tal ser humano, que se ha vuelto totalmente rey, no explota a la Tierra como un ladrón, sino que a partir de una conciencia general más elevada, satisface el anhelo de libertad de los seres elementales tal como ellos lo manifiestan en su elemento, pues sufren en la espera de ser liberados por él de todo carácter unilateral.

Texto extraído de Neues Denken nº 4, 1994. Traducido al francés por Daniel Kmiécik y Jean Michel Florín, y del francés al castellano por Alvaro Altés.